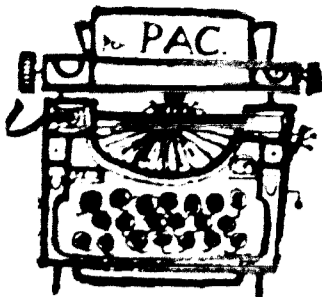


escrito a máquina

Nuestra quiebra moral y la traición de los dirigentes



Los nicaragüenses éramos un pueblo pobre, revoltoso, con muy poco que enseñar —salvo el paisaje— pero moralmente sano. Lo decían los viajeros y no pocos atestiguaron con admiración en los siglos pasados la honradez, la gentileza y la salud moral que demostraba el nicaragüense en su vida social y en su trato con propios y extraños. La Guerra Nacional y las guerras civiles con sus brutales excesos y desenfrenos inhumanos, hicieron descender el termómetro de nuestra vida moral y produjeron períodos anárquicos sucios de crímenes y de desafueros, pero algo subsistía en la médula del pueblo que su conducta social rápidamente restablecía los viejos niveles y valores éticos.

En estos últimos tres decenios, sin mediar guerras o conmociones como las que sacudieron a nuestro pueblo antaño, sino más bien en un proceso lento pero profundamente desquiciador, Nicaragua ha ido descendiendo, grada por grada, a todas las negaciones de su patrimonio moral. No es necesario señalar hechos que están en la conciencia de todos. Lo difícil es encontrar un "parche limpio". Lo difícil es señalar una zona donde no haya penetrado esa corrosiva humedad ambiental que está terminando de destruir hasta los últimos valores humanos del nicaragüense. Éramos "pobres pero honrados" —como decía en una vieja frase, ya caduca, nuestro pueblo—. ¿Ahora qué somos?

Pero, por qué —me pregunto— tras los violentos descensos morales de antaño se notaba en la historia una casi inmediata recuperación y en cambio, ahora, el hundimiento es constante, continuado, indetenible y sin señales de reacción?

¿Será que nuestro pueblo estuvo viviendo, durante años, de un capital moral acumulado en su pasado que fue menguando poco a poco y que, al no ser restaurado, se agotó por fin?

Me inclino más a creer que la causa principal de la disolución moral de Nicaragua es la traición de sus dirigentes.

El hombre, por lo general, es socio-culturalmente determinado en su conducta. El hombre en la mayor parte de los actos de su vida no inventa su propia norma moral, sino que responde a los casos que se le presentan conforme las respuestas o las pautas que le proporciona la sociedad en que vive y el ambiente que respira. El hombre lo que hace generalmente, en su conducta moral, es imitar. Lo que le mueve a optar por una u otra respuesta no es lo que se le enseña por lectura o palabra —aunque siempre la semilla de la palabra puede fecundar— sino por el ejemplo. Y quienes dan ejemplo son aquellos que están colocados en una situación o en un lugar de influencia, es decir, los dirigentes, los que tienen autoridad por sí mismos o por su condición o por su posición. **ESTOS SON LOS QUE HAN FALLADO.** En Nicaragua el proceso de descomposición es un proceso de arriba a abajo. Salvo raras excepciones, todas las posiciones de dirección: en el Estado o fuera del Estado, en la vida política o en la vida social, en las actividades económicas como en el ejercicio profesional, etcétera, han sentado cátedra de inmoralidad **CON EL EJEMPLO.** De allí que la conducta toda del país —torcida arriba— esté derivando violentamente hacia el precipicio.

Pero hay algo peor, y es el tipo de reacción falsa que se produce en el país cada vez que se agrieta o se viene abajo un valor moral. Se levanta una gritería hipócrita y acusativa, se escarva morbosamente en lo podrido, se añaden calumnias, se rasgan ruidosamente las vestiduras y un momento después todo queda lo mismo. Y todo queda lo mismo porque sólo acusamos la culpa ajena y no reconocemos la propia. Todo queda lo mismo porque también carecemos de valores éticos que oponer. Por eso no hay sanción social, no hay valor cívico, no hay autoridad moral. Lo único que hacemos es servir de agentes a la infección esparciendo aún más sus virus disolventes. Si se comete un crimen se remueven, con gestos escandalizados, todos sus horrendos detalles, pero ninguna fuerza social intenta siquiera manifestarse para presionar por el restablecimiento de la Justicia. Se descubre un robo a los bienes de la comunidad, se señala el escándalo del lujo frente a la miseria, se acumulan cargas agoviantes e injustas sobre los hombros de los contribuyentes provocando el desempleo y el hambre (se daña incluso a quienes tienen el poder de la riqueza para reaccionar con más libertad) pero, fuera del escándalo farisaico de dientes afuera — no hay indicio de valor moral ni de responsabilidad en los dirigentes.

Siempre que se han producido en la historia esta clase de períodos críticos de traición de los dirigentes se observa un hecho: junto al escándalo del lujo y del relajamiento moral, y subiendo a los mismos niveles, asciende la crueldad. Lo duro y lo voluptuoso parecen llamarse a la hora del salto al precipicio. Por eso nunca termina este descenso sin un pozo de sangre abajo.

¡Dios salve a Nicaragua!

PABLO ANTONIO CUADRA